

La arqueología hoy

Margarita Orfila Pons¹

Me ha tocado iniciar este ciclo dedicado al 150 aniversario del instituto Joan Ramis i Ramis de Maó, cosa que es para mí un honor. Para ello he elegido un tema directamente ligado a mi profesión. ¿Qué es hoy la arqueología? Puede parecer una pregunta que no ha lugar, pero la realidad es que la visión que tiene un profano sobre esta ciencia puede estar totalmente deformada o idealizada por la imagen del arqueólogo que se había transmitido: un aventurero, con una cierta aureola de persona que trabaja en el desierto, habita en tiendas de campaña, y encuentra importantes tesoros. Quizás parte de esa fama se la debemos a Agatha Christie. Esta autora publicó en 1946 un delicioso relato novelado de sus experiencias en tierras del Próximo Oriente como mujer del arqueólogo Max Mallowan, un importante orientalista. La obra *Come, tell me how you live*, firmada con el nombre de Agatha Christie Mallowan, incluye una serie de experiencias que van por esa línea en cuanto a un modo de vida aventurero...

Puede ser que, en otros tiempos, esa visión correspondiese en cierto modo a lo que fue la arqueología. La verdad es que, entre el aventurero de antaño y el sistemático y científico arqueólogo de hoy, hay un gran trecho, fruto del

¹ Universidad de Granada. HUM296.

desarrollo de un importante cuerpo conceptual y metodológico en torno a esta disciplina, especialmente necesario en el momento en que un investigador se enfrenta a un yacimiento. Ya no es sólo encontrar edificios, esculturas, monedas, grandes vasijas; la importancia del yacimiento arqueológico radica en que es un increíble **Archivo Histórico**, compuesto no de papeles, sino de bienes inmuebles, artefactos, ecofactos. Un archivo de **Cultura Material**. Y como tal debe tratarse y entenderse.

De hecho, el sentido etimológico del término «arqueología» proviene del griego *archailogia*, con el amplio significado de «disertación sobre las cosas antiguas». Un concepto no lejano a la definición plasmada en el Convenio Cultural Europeo para la Protección del Patrimonio Arqueológico de 1969, revisado en 1992, y en la que se indica, en su artículo 1, párrafo 2:

... son considerados como elementos del patrimonio arqueológico todos los vestigios, bienes y otras huellas de existencia de la humanidad en el pasado,

- a) cuya salvaguarda y estudio permitan volver a trazar el desarrollo de la historia de la humanidad y su relación con el entorno natural
- b) cuya principal fuente de información sean las excavaciones y descubrimientos y otros medios de investigación relativo a la humanidad y su entorno.

El dato arqueológico es un documento excepcional, por cuanto que son las huellas visibles y originales las que nos hablan en directo del pasado. Es por ello que he elegido una frase muy efectiva tanto por lo que aporta de definición como por su sencillez. Una frase pronunciada a fines de los años 50 del siglo xx dentro de un ciclo de conferencias destinadas a formar guías turísticos para Menorca, charlas en las que destacó el espíritu con las que fueron concebidas: que los guías fuesen el hilo conductor que permitiera hacer comprender, y transmitir al público en general, que el presente está ligado a todo ese largo pretérito que es la Historia. La frase dedicada a los monumentos arqueológicos, pronunciada por Don Juan Hernández Mora, es: «*La Historia que se puede ver*» (Hernández 1963: 92). Y así es. En ese sentido se puede enlazar con las escritas por Maruja Torres en *Mujer en Guerra*, 1999: «*Sólo las piedras recuerdan. Y hablan*», pero también «*Y es que, a menudo, una foto miente más que mil palabras*».

En nuestro caso, en ocasiones, las imágenes arqueológicas también digamos que «mienten». Las imágenes creadas desde un poder oficial, como puede ser el Estado Romano, para decorar edificios públicos, ya sea la parte de las escenas de teatros, o dentro de los foros, por poner algún ejemplo, son fiel reflejo de una política propagandística impuesta desde lo más alto de la jerarquía estatal, con unos objetivos claros: transmitir a los súbditos una buena imagen de sus gobernantes. ¡No era una mera decoración! De hecho, el título del libro de Paul Zanker, *Augusto y el poder de las imágenes*, lo dice todo.

La arqueología, como ciencia dedicada a la comprensión del género humano, es una disciplina humanística, diferenciada de la que cultivan aquellos que sólo trabajan con fuentes literarias, porque aquí la materia prima no son escritos que ya formulan opiniones. La cultura material no la ofrece; tal como Renfrew y Bahn señalaron (1993:10), los objetos descubiertos por los arqueólogos no dicen nada por sí mismos. Es desde el presente, y los arqueólogos en primera persona, cuando se da un sentido a las piezas recuperadas. El proceso no es sencillo: primero hay que ubicarlas en su contexto. No es lo mismo una pieza cerámica en un ámbito doméstico que en uno funerario: nos hablará distintamente según, insisto, su contexto. Y hay que ver qué último uso se le dio al elemento objeto de estudio.

En muchas ocasiones, las piezas arqueológicas, al hallarlas, están ejerciendo una segunda o tercera función, no para la que fueron fabricadas. En el Museo Municipal de Cartagena, se pueden apreciar unas ánforas que hoy ejercen la función de ser unas piezas de museo. Se presentan colocadas de manera que nos explican para qué fueron utilizadas en un momento determinado y dentro del contexto en el que se hallaron durante su excavación: están partidas en la parte del cuello y de la base y enlazadas; ejercían de partes de una tubería. Esa no fue la función para la cual fueron fabricadas: su primera misión era la de ser envases para transportar vino dentro de una embarcación...

La recuperación de todos estos testimonios arqueológicos se lleva a cabo a través de diversas intervenciones, ya sean las denominadas prospecciones, como las excavaciones, o la arqueología de la arquitectura en la lectura de paramentos. Es evidente que la excavación sigue manteniendo su papel protagonista dentro de las actividades arqueológicas. Esa acción se ejecuta sobre una serie de depósitos que fueron generados básicamente por la actividad humana (en ocasiones inducidos por eventos naturales), y que han quedado reflejados como indicado-

res de un pasado. Pero esa acción tiene un inconveniente: la única manera que hay para recuperar dichos archivos es mediante su destrucción. Excavar es ir extrayendo cada una de las capas de tierra acumuladas en el terreno. El archivo histórico al que uno se enfrenta necesita ser constantemente transcrito y registrado, pues, una vez leído, es decir, excavado, insisto, se destruye, y ya no se puede volver a consultar en su posición original. ¡Es un patrimonio no renovable!

De ahí la importancia y la preocupación de todo arqueólogo en aplicar la más adecuada, sistemática y objetiva de las metodologías en sus intervenciones. Más teniendo presente que la actividad arqueológica, al ser muy lenta, lo más probable es que quien se dedique a ella, a la hora de intervenir en un yacimiento arqueológico, seguro que en primer lugar deberá consultar las intervenciones previas al mismo de equipos anteriores; después de él, otros investigadores continuarán con esa tarea. No solo ha de tener mucha paciencia, el arqueólogo ha de ser consciente de que con su documentación generada otros arqueólogos e investigadores trabajarán con ella, la legará para futuras consultas, lo que hace que se hipoteque de por vida el tipo de documentación que él mismo ha generado al excavar. Y eso el arqueólogo nunca lo tiene que olvidar....

Es también importante tener presente que en arqueología, en las tareas del día a día, la campaña de excavación, que es lo más delicado, no es a lo que se dedica más tiempo. Es el trabajo de laboratorio, el estudio de los componentes recuperados, la correcta interpretación de cada uno de sus elementos, la aplicación de las analíticas necesarias sobre ellos, lo que realmente abarca una parte importante de dedicación. Es el momento en que el investigador transforma los datos arqueológicos en documentos, aportando sobre lo que escribe sus propios criterios y reflejando, por tanto, opiniones, incorporando irremisiblemente ya un cierto grado de subjetividad a la objetividad de la pieza arqueológica. Con un claro objetivo: la realización de reconstrucciones históricas en las que se tendrá más en cuenta las relaciones sociales y económicas que la mera sucesión de acontecimientos. Tal como dijo Giannichedda (2001):

La Historia de la Cultura Material busca la reconstrucción histórica desde el punto de vista de quien la ha vivido sin poderla transmitir a la posteridad a no ser, inconscientemente, con sus propios restos materiales.

Para analizar todos los restos recuperados hay que empezar por describir y clasificar cada uno de ellos. Ese sería el nivel elemental al que se enfrenta un arqueólogo, paso previo a la pregunta que más veces se formula ¿qué es esto?

Una vez superado este paso, llega, según Moscati, la comparación dentro del complejo de objetos, lo que permitirá la construcción de un modelo operativo dentro de la investigación que ayude a comprender el proceso cultural al cual pertenece el objeto en estudio (Moscati 1996: 144). Un proceso que desemboca en poder definir el espacio temporal y geográfico al que pertenecían esos indicadores arqueológicos (Alarçao 1995: 21; Shanks 1996). Son las verificaciones de la existencia de determinados grupos que fueron denominados y definidos a principios del siglo xx por Childe como «Culturas», en donde se entiende *cultura* como el producto, la expresión y la voluntad de una sociedad en la que cada elemento cultural es el medio por el cual se mantienen las relaciones que se dan en el seno de cada sociedad. Los aspectos formales por los que ésta se manifiesta frente a la Naturaleza y frente a otras sociedades (o grupos sociales) coetáneas, pasadas o futuras, son la base del análisis arqueológico.

El proceso no acaba aquí. Ahora surgen nuevas preguntas, como ¿qué implica ese dato? (Alarçao 1995: 18). O ¿para qué sirve?; es decir, se producen deducciones que nos llevan a hipótesis de trabajo. El fin último es construir una interpretación —ésta se obtiene a partir del análisis de los datos recuperados en el registro arqueológico, a partir de los cuales construimos imágenes de nuestro pasado—, que responda a la pregunta ¿por qué? (Alarçao 1995: 26). Estamos hablando de un conjunto de elementos y objetos producidos por una sociedad, y desde los cuales se intenta descifrar las prácticas ideadas por esa sociedad para producirlos, para distribuirlos, usarlos, desecharlos o reutilizarlos, y desde los cuales se intenta descifrar prácticas sociales, económicas y políticas generadas por esa sociedad en particular.

Tener respuestas a todas estas cuestiones es la parte esencial de la ciencia arqueológica, aunque somos conscientes, quienes trabajamos en esta disciplina, de que no siempre se van a conseguir resultados satisfactorios. Remitimos aquí a Alarçao (1995: 27).

De certa forma, a inferência contém em si uma explicação, mas uma explicação dos vestígios, não uma explicação dos comportamentos... Porque é que se começam a praticar a agricultura e a metalurgia? Serão os comportamentos explicáveis, ou apenas observáveis sem que se possam explicar?"

Simon Schama ya afirmó:

Los historiadores son eternos cazadores de sombras, dolorosamente conscientes de su incapacidad para reconstruir en su totalidad un mundo muerto.²

Eso ocurre, en cierta medida, debido a lo poco que ha llegado hasta nosotros: sólo pequeñas parcelas de las realidades de épocas pasadas. Robert Bednarik ya lo indicó:

Ninguna evidencia de cualquier tipo sobrevivió más de un segundo por encima del 99,99 por 100 de todo lo que ha sucedido en el pasado arqueológico. De los innumerables restos que todavía permanecen, sólo sobrevive una minúscula fracción de la millonésima parte de un 1 por 100. De ésta, de nuevo, sólo una porción infinitesimal ha sido descubierta por la arqueología, de la que sólo una parte aún más pequeña ha sido correctamente analizada.³

En ese sentido Paul Bahn (1998: 9-10) escribió:

Lo que se tiró a la basura ayer, no importa lo inútil, desagradable o embarazoso que pueda ser, se ha convertido ya en parte del registro arqueológico.

En el proceso de investigación, todo cuenta y todo suma.

Al ser los arqueólogos historiadores, es evidente que asumimos definiciones de «historia» como la que escribió Marín Gelabert (2006: 7-8):

La Historia no es el pasado, como tampoco la Física es la materia o la Biología la vida. La Historia es el estudio y la explicación del pasado. Es decir, la interpretación racional y científica de los restos —a veces sólo rastros— de un pasado que, pretérito o no, debe servirse a la ciudadanía con el objetivo de su comprensión en el presente... la Historia es un completo proceso de producción de conocimiento... El historiador posee una función social débil y delicada... Y el conocimiento que produce tiene como fin último el desarrollo de la conciencia histórica del ciudadano..., en último término, lo que nos interesa es comprender y dar a comprender cuál ha sido el camino que nos ha conducido hasta la sociedad, el sistema económico o la organización político-administrativa actual.

² Frase recogida por Bahn (1998: 84).

³ Frase recogida por Bahn (1998: 11).

La variedad y diversidad de la naturaleza de la documentación arqueológica y la generación de nuevas preguntas sobre las sociedades del pasado, han implicado en las últimas décadas la incorporación de nuevas técnicas y métodos analíticos científicos, que en la actualidad están ayudando a dar respuestas que parecían impensables. Por ejemplo, la incorporación de otras ciencias como la Física, Química, Geología o Paleontología —entre otras— están aportando una ingente cantidad de datos que ayudan en el proceso de investigación. Esta relación entre la disciplina arqueológica y otras ciencias auxiliares comenzó en los años 60 del pasado siglo y fue consolidándose a partir de los años 70 del mismo siglo. Sin embargo, desde momentos anteriores ya se venía forjando dichas relaciones. Uno de los mejores ejemplos, lo encontramos en el caso del físico Libby, quién a través de sus estudios desarrolló el método analítico de datación absoluta del Carbono 14 (Renfrew y Bahn 1993).

Estas relaciones con otras ciencias han ocasionado que entre los escritos y relatos arqueológicos surjan frases con referencias al campo magnético terrestre para hablar del tiempo y la cronología en el pasado, como también lo hacen las resonancias de Espín electrónicas; tipos de pólenes identificados, junto a la carpología y la antracología, que permiten reconstruir el paleoclima, paleoambiente; la subsistencia de los entornos, o el análisis de las trazas que se fosilizan en los restos óseos humanos, para saber qué tipo de alimentación consumió el difunto. Se busca saber cuál ha sido el resultado de la difracción de RX en el análisis de piezas cerámicas, y de esta manera detectar los componentes mineralógicos de las arcillas utilizadas para la fabricación de cada una de las piezas cerámicas, dado que con estos análisis se puede saber si dichos recipientes cerámicos fueron realizados en su zona de origen o si, por el contrario, se trata de exportaciones de otras zonas cercanas o lejanas en el territorio (Capel 1983; García Heras 1992; Cordero Ruiz *et al.* 2006).

En la actualidad podemos saber otro tipo de cuestiones relativas a los recipientes cerámicos, por ejemplo, qué tipo de alimentos se estaban preparando en un recipiente determinado; qué se estaba almacenando o qué alimento/os se estaban consumido en cada recipientes. Responder a estas preguntas tan concretas sólo es posible por medio del análisis de residuos químicos orgánicos en el interior de los recipientes cerámicos (Manzano *et al.* 2015). Son datos que se suman como fuente documental en cuanto al régimen alimenticio o a costumbres sociales de nuestros antepasados.

Otro de esos avances, que nos sorprenden por la cantidad de datos que aportan partes ínfimas de los yacimientos, es la microarqueología de las secuencias cronoestratigráficas que cubren los restos arqueológicos. Este enfoque es esencialmente geoarqueológico, aportando información sobre procesos de formación de sitios arqueológicos, de relaciones hombre-medio ambiente, de uso de los espacios, técnicas y procesos constructivos, actividades productivas y artesanales, vida cotidiana, y, en consecuencia, sobre la huella que deja el comportamiento humano en el registro arqueológico (Schiffer 1987; Goldberg *et al.* 2001). Para ello se han desarrollado métodos específicos, destacando la micromorfología de suelos y sedimentos arqueológicos, el estudio petrográfico de las secuencias cronoestratigráficas a escala microscópica (Courty *et al.* 1989; Goldberg y Macphail 2006). Esto conecta con la frase de Colin Renfrew (1976): «*Todo problema arqueológico comienza siendo un problema geoarqueológico*».

Es también habitual hablar de los resultados del georadar, y así conocer en un porcentaje muy elevado cantidad de restos inmuebles que existen en un subsuelo aún sin excavar y, así, un sinfín de aportaciones, impensables hace muy pocas décadas, e imprescindibles en la arqueología de hoy. En ese sentido remitimos a la frase de Moscati (1996: 139):

L'archeologia, un tempo relegata tra le curiosità erudite e quasi simbolo di un distacco dalla realtà contingente, è ora al centro di tale realtà e degli interessi culturali che vi si esprimono. D'altronde, l'immissione nella ricerca archeologica degli strumenti e delle procedure della tecnica più avanzata in fa un caso più che raro di convergenza fra umanesimo e scienza in senso stretto. Coi l'archeologia diviene un'espressione evidente di quel fenomeno tipico del tempo attuale che è il convergere delle "due culture".

Esto nos lleva a que realmente se deba hablar de "Arqueologías", ya sean las que siguen una secuencia cronológica, como arqueología prehistórica, clásica, medieval, moderna o contemporánea, o las centradas en culturas concretas, como egiptología o arqueología andina. O, según su relación con otras ciencias, definiciones como Arqueología del Paisaje, Arqueofauna, Etnoarqueología, Arqueología de Género, de la Producción, etc. Y no hay que olvidar las disciplinas que siempre habían estado a su lado, y que siguen estando, como

es la Filología, la Historia del Arte, Numismática, etc., como generadoras de documentación del pasado.

Ya no se trata de asociar la palabra «Arqueología» a descubrimientos de culturas desaparecidas. Se trata de pensar en una ciencia que enlaza el conocimiento humano en todos sus períodos, como un único nexo entre la actualidad y la totalidad de la Historia. Los textos escritos son algo muy moderno (Greene 2002). De hecho, la escritura empezó su singladura en Mesopotamia sobre el III milenio aC. (Robinson 1995), lo que, comparado con la existencia del hombre, significa que sólo se ha escrito en un 1% de la totalidad de su vida, mientras que del 99% restante la *única* documentación que se tiene de esos miles y miles de años de actividad humana procede de los restos arqueológicos (Renfrew y Bahn 1993: 10).

En muchas ocasiones, gracias a los estudios arqueológicos, se conocen los cambios tecnológicos que han hecho avanzar al hombre, a veces muy simples, pero no por ello menos importantes a la hora de hacer valoraciones históricas. El perfil de una cazuela no varía desde hace milenios, casi desde que la especie humana empezó a cocinar sus alimentos, ¡pero lo que hablan estas piezas...! Hay diferencia entre una cazuela de barro de la Edad del Bronce y otra de época romana, ya fabricada con el torno, con una tecnología avanzada, ¡pero qué listos al buscar los barros más adecuados para fabricar piezas que diesen alimentos más gustosos!, y cómo al final del mundo clásico se vuelve a fabricar cazuelas a mano, porque pensaron que los guisos salían mejor en ellas, especializándose alfares en su producción, ya fuese por la zona de Cartagena, como en el norte de Túnez, vendiendo sus productos a todo el Mediterráneo occidental. Pero, claro, es que esa misma forma la encontramos ahora en las cazuelas actuales, y también nos ayudan a entender los avances tecnológicos del momento. La aparición del gas en la cocina arrinconó el cocinar sobre leña y, al mismo tiempo, a muchas cazuelas de barro que se habían utilizado durante centurias. El gas obligó a ello, pues las cazuelas se partían por el diferente aporte calórica del gas, y ¡adiós guiso! Años más tarde aparecieron las cocinas eléctricas, con la implantación de una nueva tecnología, que obligó a los fabricantes de cazuelas a efectuar cambios en la tecnología de su fabricación, y que rápidamente tuvieron que volver a mutar por la llegada de la vitrocerámica o la inducción, o poderlas poner en el microondas... Para estos últimos ejemplos, si no conociéramos ese proceso tecnológico a través de las fuentes de infor-

mación que tenemos hoy en día, la arqueología, a través de la aplicación de buenas metodologías y de las analíticas pertinentes sobre esos «cacharros», lo descubriría, dado que esos objetos bien analizados, y en sus propios contextos, nos los proporcionarían.

Son datos imprescindibles para entender toda una serie de cuestiones sociológicas actuales en las que ahora no me voy a detener, pero que sería el objetivo final de quienes investigaran cualquier período histórico a través de la Cultura Material (Orfila y Cau 2002). Por ejemplo, la propia liberalización de la mujer de la mano de las nuevas tecnologías al contar con aparatos electrónicos domésticos. ¡Y eso que no me he puesto a hablar de la lavadora o el lavaplatos!, o, en otro sentido, de los avances en la informática y en nuestra propia robotización, enganchados a aparatos, cada vez más pequeños, cada vez más controladores... Eso es lo que hace, en parte, un arqueólogo: reconocer los avances tecnológicos de la Humanidad, desde en pequeños objetos caseros, a grandes maquinarias o técnicas constructivas, y analizar sus incidencias en la vida cotidiana.

El patrimonio arqueológico es, además, una fuente de información histórica viva. Cada día, en casi todas las ciudades con un mínimo de tradición histórica, se recupera parte de su historia a través de estos restos, siempre con novedades, referentes en su mayoría a huellas que han ido dejando las gentes anónimas, gente corriente que vivieron en esos lugares. El Patrimonio Arqueológico se convierte, en cierta manera, en el reflejo de la cotidianidad, muy cercano, desde un ámbito doméstico que va traspasando hasta alcanzar uno más amplio. Hacemos Historia Local, localísima, la base de la Historia General, pero sin caer en localismos. Ya lo dijo el gran arqueólogo italiano Andrea Carandini (2001: 7), parafraseando a V. Gordon Childe.

Yo soy un arqueólogo, es decir, un historiador que se sirve ante todo de las cosas hechas por el hombre. Soy un narrador particular, que comienza desde los objetos, pero que en el proceso de reconstrucción del pasado utiliza todo tipo de fuentes, comprendidas las literarias.

Un buen ejemplo actual de actividad arqueológica son todas las intervenciones que, impulsadas desde la Ley de la Memoria Histórica, se han puesto en marcha con descubrimientos, ya sea identificando trincheras en el frente, como a familiares muertos como consecuencia de la Guerra Civil. En cierta medida,

esto ha hecho que en la actualidad haya una mayor concienciación e interés desde la sociedad civil por los temas de patrimonio arqueológico. Se siente como propio y se respeta más, especialmente cuanto mejor se conoce, y más aún cuando se ha hecho un esfuerzo para hacer pública la información obtenida de esos restos. Las «piedras viejas» ya no sólo interesan a los eruditos: interesan a todos en general.

Llegar a ello ha implicado un proceso que significa la salvaguarda de esos bienes. Esto se ha producido también gracias al desarrollo de un programa legislativo. Recordemos lo que significó en Italia la llamada «Comisión Franceschini», creada por la Ley de 26 de abril de 1964, nº 310, que elaboró 84 declaraciones referidas a la salvaguarda del patrimonio. De entre ellas, resaltamos, por concernir directamente sobre la temática aquí tratada, la que contiene la siguiente definición:

Pertencen al Patrimonio Cultural de la Nación todos los bienes que hacen referencia a la historia de las civilizaciones. Se encuentran sujetos a la Ley los bienes de interés arqueológico, histórico, artístico, ambiental y paisajístico, archivístico y bibliográfico, y cualquier otro bien que constituya un testimonio material y posea valor de civilización.

Esa frase final, al aportar a los restos recuperados ese cariz de «*Testimonio material que posea valor de civilización*», tal como Giannini (1976: 7) recogió y difundió, es, en cierta medida, la base y espíritu de muchas leyes de otras naciones, en el caso español también de las Comunidades Autónomas. En lo referente al Estado Español, ese valor quedó reflejado en la Constitución. Su artículo 46:

Los poderes públicos garantizarán la conservación y promoverán el enriquecimiento del patrimonio histórico, cultural y artístico de los pueblos de España y de los bienes que lo integran, cualquiera que sea su régimen jurídico y su titularidad. La ley penal sancionará los atentados contra este patrimonio.

Con este proceso, lo que se ha llegado es a que la arqueología tenga concepto jurídico propio, avanzando así en la real protección de los bienes considerados

como tales (García Calderón 2011). La Carta Internacional para la Gestión del Patrimonio Arqueológico de 1990, en su artículo 3, dice claramente:

La legislación debe garantizar la conservación del patrimonio arqueológico en función de las necesidades, la historia y las tradiciones de cada país y región, y esmerarse para favorecer la conservación “in situ” y los imperativos de la investigación.

Los yacimientos arqueológicos son, como ya se ha comentado, espacios vivos de la memoria que deben preservarse para los herederos venideros, y estar a disposición de todo el que tenga curiosidad. Pero los restos arqueológicos ni suelen ser accesibles ni se entienden sin una previa adecuación, una pequeña transformación que hace que pasen de ser un lugar inerte, sin vida, a tener un significado. Al prepararlos, cumplen una funcionalidad didáctica e histórica. No es extraño que la organización no gubernamental ICOMOS (Consejo Internacional de Monumentos y Sitios) sea la promotora de documentos tan importantes para la salvaguarda de nuestro patrimonio histórico como lo fue la «Carta Internacional sobre la Conservación y la Restauración de Monumentos y Conjuntos Histórico-Artísticos», más conocida como «Carta de Venecia», redactada en 1964, con apartados concretos dedicados a la arqueología, que generó la «Carta Internacional para la Gestión del Patrimonio Arqueológico», adoptada por el ICOMOS en 1990. Esta institución vela para que las adecuaciones cumplan unos requisitos que no afecten desmedidamente a los restos originales en ese proceso de puesta en valor de monumentos.

Tal como Minissi (1994) indicó, «*El primer y determinante paso que hay que dar es el de abatir la equivalencia «musealización = momificación» para sustituirla por la de «museificación = revitalización»*. Ese es el espíritu que hay que darles a esas adecuaciones. Para garantizar la conservación del patrimonio arqueológico, es necesario hacer un esfuerzo en insertarlo en la vida social y económica. No se olvide que, de hecho, suele pensarse que un resto arqueológico hallado en una ciudad es un problema, encallándose en más de una ocasión la solución a dar a ese «problema».

Esa visión del «problema arqueología» debe subsanarse. Es una realidad que en los últimos decenios, gracias a la serie de leyes dictadas y aprobadas, es un deber recuperar ese patrimonio histórico existente en los subsuelos de ciu-

dades y de zonas rurales. A raíz de ese hecho, es habitual ver intervenciones arqueológicas especialmente en solares urbanos, algo no usual no hace tanto tiempo. Y sí, tiene un coste, que no siempre es fácil de asumir. Esto ha llevado a que se haya generado una nueva profesión, como es la de arqueólogo de contrato, dedicado básicamente a liberar solares. Esas acciones no suelen tener buena imagen. Pero hay que saber que todo lo identificado es documentado y es documento. Al acabar la obra, los bienes muebles se depositan en sus correspondientes museos, mientras que los inmuebles, una vez registrados sobre planimetría y fotografía, desaparecen en un porcentaje muy elevado. Sólo una mínima parte de estos documentos van a ser considerados monumentos con derecho a ser conservados, y adecuados y/o integrados en los edificios actuales gracias a buenos proyectos arquitectónicos. Pero esto que estoy diciendo ahora no siempre es tan simple ni tan fácil de asumir por parte de la sociedad civil, ni por la administración. Ese es otro de los muchos retos que tiene la arqueología hoy, incorporar los elementos arqueológicos a la vida cotidiana actual, y que espero dentro de unos años no deba incluirse esas acciones como retos.

Pero, por otra parte, existe otro modelo y otra visión de la arqueología. Es aquella en la que se quiere tener en territorio propio un yacimiento mediático, como lo es el de Atapuerca, ese maravilloso archivo histórico, con magníficos resultados sobre el origen del hombre en Europa, que ha generado la creación en Burgos de un espléndido museo, el de la Evolución Humana. Ambos proyectos son elementos atractivos de visitantes, y generadores de beneficios. La arqueología como motor económico de toda una región. Otro ejemplo es el consorcio «Cartagena, Puerto de Culturas», la marca turística de la ciudad, funcionando desde 2001, y que ha revalorizado la ciudad gracias en gran medida al patrimonio arqueológico. A ese consorcio pertenecen la Comunidad Autónoma, el Ayuntamiento de Cartagena, la Cámara de Comercio, la Autoridad Portuaria, y la Universidad Politécnica de Murcia.

¡Quitémosle la mala fama a la arqueología! La presencia de un yacimiento arqueológico, más que una desgracia, puede ser una gracia. En 1990, Michel Colardelle, director general de la Caja Nacional de Monumentos Históricos y Paisajes de Francia, decía sobre el patrimonio de su país que «... *las piedras viejas pueden dar beneficios, en vez de costar dinero... nuestros 40.000 monumentos clasificados son 40.000 pozos de petróleo*».

En ese sentido, quiero reproducir aquí algunas declaraciones hechas por la

directora general de la UNESCO, Irina Bokova, el 4 de octubre 2014, en relación a la Declaración de Florencia, en las que pide que la cultura se sitúe en el centro de las políticas de desarrollo sostenible por su capacidad no solo de crear riqueza sino también de lograr cohesión social: la cultura no es solo para los tiempos buenos, para cuando hay presupuesto...; al contrario, la cultura puede crear empleos, crear una inclusión social más grande; es importante para movilizar a las comunidades, a la gente y para luchar contra la pobreza. Hay que tener un nuevo entendimiento alrededor de la cultura, no sólo de los gobiernos, sino también de la comunidad internacional, la sociedad civil, el sector público, la universidad; un movimiento global para inscribir la cultura como motor de desarrollo sostenible. Queremos ver la cultura de las comunidades locales, como algo que une a la gente; la cultura no es solo arte para las élites.

Solo me resta decir: las imágenes y el silencio de la Arqueología hablan... y mucho.

BIBLIOGRAFÍA

- ALARÇAO, J. de (1995): «Para una epistemologia da Arqueologia». *Conimbriga* XXXIV, p. 5-32. Universidade de Oinimbriga: Instituto de Arqueologia.
- BAHN, P., (1998): *Introducción a la Arqueología*. Madrid: Editorial Acento.
- CAPEL, J. (1986): «Estudio mineralógico y geoquímico de sedimentos y cerámicas arqueológicas de algunos yacimientos de La Mancha». *Oretum II*, p. 55-153.
- CARANDINI, A., 2007: *Roma. Il primo giorno*. Roma: Editori Laterza.
- CORDERO RUÍZ, T., GARCÍA SANJUÁN, L., HURTADO PÉREZ, V., MARTÍN RAMÍREZ, J.M., POLVORINOS DEL RÍO, Á. Y TAILOR, R. (2006): «La arqueometría de materiales cerámicos: una evaluación de la experiencia andaluza». *Trabajos de Prehistoria*, 63 (1), p. 9-35.
- COURTY, M.A., MACPHAIL, R.I., GOLDBERG, P. (1989): «Soils and Micromorphology» in *Archaeology*, Cambridge Manuals in Archaeology. Cambridge: Cambridge University Press.
- DUPRÉ, X. (1998): «Tusculum: la investigación científica y la revalorización de una ciudad del Lacio». *Congreso Ciudades Históricas Vivas Ciu-*

- dades del Pasado: pervivencia y desarrollo*. Mérida, 1997, tomo I, p. 25-32.
- GARCÍA CALDERÓN, J.M^a. (2011): «Un concepto jurídico propio para la arqueología». *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de Granada*, 21, p. 199-220.
- GARCÍA HERAS, M. y OLAETXEA, C. (1992): «Métodos y análisis para la caracterización de cerámica arqueológica: estado actual de la investigación en España». *Archivo Español de Arqueología*, 65 (165-166), p. 263-289.
- GIANNINICHEDDA, G. (2001): «Cultura material», en Francovich, R y Manacorda, D. (eds.), *Diccionario de Arqueología*, p. 104-108.
- GIANNINI, M.S. (1976): «I Beni Culturali». *Rivista Trimestrale di Diritto Pubblico* I: 3-38.
- GOLDBERG, P., HOLLIDAY, V.T. y FERRING, C.R. (2001): *Earth Sciences and Archaeology*. Kluwer Academic Pub.
- GOLDBERG, P. y MACPHAIL, R.I. (2009): *Practical and Theoretical Geoarchaeology*. John Wiley & Sons.
- GREENE, K. (2002): *Archaeology: an introduction*. Fourth Edition. London: Ed. Routledge.
- HERNÁNDEZ MORA, J. (1963): «La Historia de Menorca y el turismo». *Revista de Menorca* LIV, Tomo III, Mahón, p. 89-112.
- MANZANO, E., GARCÍA, A., ALARCÓN, E., CANTARERO, S., CONTRERAS, F. Y VÍLCHEZ J.L. (2015): «An integrated multianalytical approach to the reconstruction of daily activities at the Bronze Age settlement in Peñalosa (Jaén, Spain)». *Journal Microchemical Organic* 122 (2015), p. 127-136.
- MARÍN GELABERT, M.A. (2006): «Perspectivas Historiográficas», en Moll (Dirrec.), *Época Contemporánea. Siglo XIX, Historia de las Islas Baleares*, El Mundo, tomo 14, Palma de Mallorca p. 7-23.
- MINISSI, F. (1994): «Musealización y vitalización de la ciudad», en A.A.V.V., *Patrimonio y Ciudad. Reflexión sobre Centros Históricos*. Sevilla: Instituto Andaluz de Patrimonio Histórico, p.122-127.
- MOSCATI, S. (1996): «Un futuro per l'Archeologia». *Rivista di Archeologia* XX, Roma: Giorgio Bretschneider Editore, p. 139-147.
- ORFILA, M. y CAU, M.A. (2002): «MIRET, naranja y limón con piel de cristal:

- Arqueología, cultura material e Historia Contemporánea». *Mayurqa* 28, p. 111-123.
- RENFREW, C. (1976): «Archaeology and the earth sciences» en Davidson, D.A. and Shackley, M.L. (eds), *Geoarchaeology: Earth science and the past*. Londres: Duckworth, p. 1-5.
- RENFREW, C. y BAHN, P. (1993): *Arqueología. Teorías, métodos y práctica*. Madrid: Akal ediciones.
- ROBINSON, A. (1995): *The story of writing*. London: Editorial Thames and Hudson.
- SCHIFFER, M.B. (1987): *Formation Processes of the Archaeological Record*, Me-Int. University of Utah Press.
- SHANKS M. (1996): *Classical Archaeology of Greece. Experiences of the discipline. Experience of Archaeology*. Editorial Routledge.